

Borges y España*

Los sonidos de una lengua, indiferenciados, misteriosos, son lo primero que llega a un ser humano desde su nacimiento. Esos sonidos, articulándose en palabras y separándose en estructuras, harán, a través del aprendizaje, de ese ser, un hombre con toda su posibilidad de comunicarse y de expresar sus necesidades inmediatas. A través de ellos, les será dada, también a algunos, la clave para crear un universo paralelo al real que emerge y se enraiza en él. El universo del arte a través de la palabra, el mágico universo de la literatura.

Jorge Luis Borges contaba que, antes de tener uso de razón, sabía que debía dirigirse de un modo a su abuela paterna y de otro modo al resto de su familia. Mucho más tarde, supo que esas formas correspondían a dos lenguas distintas, la inglesa y la española. Las lenguas, que marcan lo más íntimo del ser de manera indeleble, obrarán en él lenta y subterráneamente y, decantadas, producirán esa literatura única, esa literatura que lectores, escritores y críticos consideran que ha cambiado el rumbo de la literatura en lengua castellana.

Esa dualidad trazará en su vida algo semejante a un laberinto, es decir, un camino «que tercamente se bifurca en otro, que tercamente se bifurca en otro...».

Los primeros recuerdos que tiene son los de la biblioteca de su padre, círculo mágico que, encerrándolo, le daba, paradójicamente, la extraordinaria libertad de la lectura y de la imaginación. A través de las rejas de ese jardín de su casa de Palermo atisbaba un mundo hecho de compadres y de violencia que le llegaba del exterior: mientras que, en la sala, lo aguardaba el otro, hecho de batallas y de gloria, narrado por los suyos. Los rostros de sus antepasados lo contemplaban desde los daguerrotipos.

Todo esto iba dejando su huella en el alma de ese niño que, llegado a la adolescencia, marchó con sus padres a Europa, sin saber que lo sorprendería la primera guerra mundial, que cursaría bachillerato en Ginebra y que descubriría un mundo diferente.

La experiencia en Ginebra marcará su manera de pensar, su vida, su obra. A pesar de recordarla en la *Exposición de la actual poesía argentina (1922-1927)*, organizada por Pedro Juan Vignale y César Tiempo, como «época sin salida, apretada, hecha de garúas y que recordaré siempre con algún odio», el paso del tiempo hará que ese sentimiento natural en alguien que dejó la patria siendo casi un niño y a la que vuelve

* Este artículo debería haber aparecido en nuestro especial Borges (números 505-507) pero debido al caprichoso tiempo del correo aparece, nunca tarde del todo, en estas páginas de noviembre. (R).

hombre, vaya modificándose. Digo que ese sentimiento es natural porque, a su regreso, Borges debe reinsertarse en su país y dedicará todo su ahínco a cantarlo, redescubrirlo y fundarlo. Tendrá que separarse de ese «padre» que fue su formación europea, para adquirir su propia identidad. Una vez afirmado, su recuerdo de esos años en Europa cambia y surgen nuevamente el amor y el reconocimiento de sus años transcurridos en Ginebra, que considerará como algo fundamental en su vida y en su formación intelectual.

No menos importante será la etapa que sigue a Ginebra, es decir su llegada y su estadía en España: es en Mallorca, en Sevilla, en Madrid, donde entrará en contacto con los escritores y poetas. Permanecerá en España entre 1918 y 1921, fecha en que volverá a Buenos Aires.

Hablar de la relación entre España y Borges es una compleja tarea y, como todo vínculo humano, este lazo también está teñido de contradicciones. A lo largo de su vida, podemos distinguir el trazado de un laberinto hecho de aproximaciones y de rechazos y que nos ofrece, a pesar de todo, un hilo conductor, su admiración por Cervantes, Saavedra Fajardo, Quevedo, Fray Luis, Manuel Machado, autores a los que guardó fidelidad a través de los años.

De sus años en España conservará un recuerdo muy especial para un amigo que muere en plena juventud, al que conoce en Palma de Mallorca y con quien mantuvo una intensa correspondencia, Jacobo Sureda. De las noches de bohemia madrileñas, pobladas de tertulias donde se discutían hasta el alba temas literarios y filosóficos, Borges guardó y atesoró un nombre: Rafael Cansinos-Assens. A más de sesenta años de distancia, en San Pablo, Borges se refiere a él como su Maestro. Dice Borges:

Conocí en Madrid a un hombre que sigo considerando quizá menos por su escritura que por el recuerdo de sus diálogos. Conocí a Rafael Cansinos-Assens y de algún modo soy discípulo de Cansinos, de la sonrisa de Cansinos, y hasta de los silencios de Cansinos-Assens. (*Boletín bibliográfico, Biblioteca Mario de Andrade*, vol. XLV, N.º 1/4, dedicado a Borges).

Borges relataba siempre las largas caminatas que, con un grupo de jóvenes, hacía por las noches, luego de las tertulias en el Café Colonial, sede indiscutida de Cansinos.

Quizá lo que deslumbró a Borges fue el hecho de que, al ser presentados, Cansinos, con una voz cadenciosa, le dijo que podía saludar a las estrellas en treinta y tres lenguas. La relación entre los jóvenes y el Maestro se dará a la manera de los diálogos socráticos donde se entrelazarán la erudición, las etimologías y el lúcido y claro razonamiento.

Rafael Cansinos-Assens acuñó el término *ultra*, fue el promotor del ultraísmo a fines de los años diez e inicios de los veinte.

El primer manifiesto ultraísta es de 1918 y decía: «Nuestra literatura debe renovarse, debe lograr su *ultra*». Su nombre aparece en las revistas que lanzan y apoyan el ultraísmo: *Grecia*, *Cervantes*, *Ultra*, etc. Cabe destacar que la obra de Cansinos-Assens parece no tocada por la estética vanguardista. En pleno apogeo del movimiento ultraísta español, en 1922, Cansinos publica una especie de novela-ensayo, *El movi-*

miento *V.P.*, (abreviatura de *Únicos Poetas*). Lo que asombra es la ácida y despiadada crítica a la vanguardia española a través de esta novela. Esta actitud contradictoria también se encuentra en Borges.

Cansinos, desde su apodo —el Poeta de los Mil Años—, critica al modernismo del siglo XIX y a las vanguardias del siglo XX.

Criticará en los XXIX capítulos de su novela a la «Academia de la lengua», a los jóvenes poetas que se acartonan, el carácter dictatorial de los miembros de la Academia ejerciendo la tiranía absoluta del lenguaje. También ataca el clasicismo, el modernismo, el vanguardismo, y al poeta bohemio y romántico, representante de la estética del siglo XIX.

Cansinos siente el agotamiento de las escuelas pasadas, pero lo que en realidad ataca son los principios estéticos de la vanguardia en general, centrándose en el ultraísmo español. Donde puede verse con mayor fuerza esta crítica es en la figura de Guillermo de Torre, que aparece como el poeta más joven en la novela de Cansinos.

Pero yo pertenezco a la era novísima: soy producto de la mecánica moderna, soy hijo de Fémica aviadora y porvenirista. Anuncio el tercer sexo, el fruto andrógino e híbrido libre de todas las fatalidades ancestrales. Soy una anticipación del porvenir. Me han amamantado las dinamos poderosas y he mecido mi infancia en las cunas velovolantes... Bajo el arco de mis piernas pasa el mundo: la tierra gira alrededor de mi espina dorsal, raspa maravillosa que irradia en todas direcciones, y la naturaleza entera bebe el agua de mis ojos... Yo soy, en fin, el nuevo arte libre y taumatúrgico.

Satiriza la exaltación de la máquina futurista, la ubicuidad propuesta por lo simultáneo, la múltiple perspectiva cubista, el fervor urbano, todo lo idolatrado por los vanguardistas. También incluye el poema moderno con la página en blanco y el silencio de Mallarmé (Cansinos-Assens tradujo en 1897, «Un coup de dés», de Mallarmé, y lo publicó en la revista *Cervantes*, Madrid, 1919).

Ataca también a la cripta del Pombo, congregada alrededor de Ramón Gómez de la Serna, a cuyos contertulios los llama «jóvenes poetas viejos».

En medio de toda esta revolución de ideas, va a producirse el encuentro con Hispanoamérica, a través del chileno Vicente Huidobro, que llegaba de París con las ideas cubistas y futuristas, y de Jorge Luis Borges, que llegaba desde Ginebra con el expresionismo alemán.

La relación de Borges y de Cansinos es rica, tienen ideas en común, gustos en común y la añoranza de poseer una gota de sangre judía. De hecho, Cansinos se incorpora ya adulto al judaísmo; hay un trabajo al respecto de Edna Aizemberg: «Cansinos Assens y Borges: En busca del vínculo judaico». Pero, por sobre todo, lo que los une es la misma posición crítica y escéptica frente a la vanguardia.

A pesar de haber fundado el ultraísmo, Cansinos en España en 1918, y Borges en Buenos Aires en 1921, no dejan rastros de él en su obra. Borges, sobre todo, borrará las huellas ultraístas de la primera parte de su producción literaria. Precisamente en el libro de Guillermo de Torre —*Para la prehistoria ultraísta de Borges*—, el autor

se refiere al hecho de la exclusión por parte de Borges de las composiciones de estilo ultraísta. Manifiesta que tanto él como sus compañeros se asombraron de lo que excluía más que por lo que incluía. ¿Qué motivó a Cansinos y a Borges a no marcar sus obras como productos de un ismo? Ambos se sienten atraídos por lo nuevo, a lo que se entregaron con fervor pero no sin cierta reticencia, ambos rehúsan el rechazo de toda una tradición, de los mitos, de la ironía y del humor. Los dos son poseedores de una sabiduría que sabe de matices.

Cansinos es consciente de que toda forma nueva trae consigo un contenido renovador. A esto se refiere cuando discute el binomio «forma vs. ideologías».

—Pero en fin, amigo mío, todo eso se reduce, en suma, a un mero asunto de forma. El nuevo movimiento carece de una ideología.

—En arte, amigo mío, es todo asunto de forma. Si la forma no me interesa, lea usted entonces libros de filosofía o de ética. Pero esa forma es indicio siempre de una ideología y obra sobre usted como una metafísica. Hay flores cuya aparición marca una era geológica.

Guillermo de Torre en «Para la prehistoria ultraísta de Borges» (*Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 168, 1964), define a Borges: «El escritor fue influido probablemente por varios factores: una actitud de desconfianza innata hacia todo lo afirmativo y una inclinación contraria hacia las dudas y perplejidades, tanto de índole estética como filosófica».

Quizá, como dice Jorge Schwartz en su artículo «Cansinos Assens y Borges» (*Hispani-mérica* 46-47, 1987), la no inclusión de Borges en la novela de Cansinos *El movimiento de Únicos Poetas*, se deba a que, en esos diálogos sostenidos con el grupo hasta el alba, Cansinos supo, como lo escribió en *Intermedio lírico*, caps. IX y XII de su novela, que en ese encuentro se hallaba ante otro Poeta de los Mil Años.

Como es sabido ya, Borges llega a Madrid en 1918 y permanecerá hasta 1921. Es en España donde comienza a publicar sus poemas ultraístas en aquellas revistas que le dan acogida al movimiento. Pero Borges llevará a España y difundirá el movimiento expresionista alemán a través de la traducción de poemas de Ernst Stadler, Johannes R. Becher, Werner Hahn, Wilhelm Klemm, H.V. Stummer y otros.

En su antología, Guillermo de Torre rescata los poemas «Rusia», «Gesta Maximalista», «Tranvía», «Trinchera», «Himno al mar», lamentando su exclusión de *Fervor de Buenos Aires*.

Ve, en esta omisión, un «anhelo de reintegración a la patria», piensa que la emoción lírica se ve perjudicada, opacada por su «constante prurito ideológico y demostrativo», fruto de la deserción de Borges de la estética ultraísta, y considera que este libro es sólo un momento poco feliz de su obra promisorio.

Para Guillermo de Torre, Borges aportó al ultraísmo el *élan* whitmaniano; no lo considera sólo como un mero colaborador sino como alguien que aportó, a través de sus escritos en prosa y en verso, un significado pragmático y teórico; el que todo esto haya terminado lo atribuye al «choque psíquico» de su retorno a Buenos